

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

JULIO 31 DE 1925

NÚM. 5

Enrique Molina

Al pasar por La Serena

ENTRE las pocas ciudades de alguna importancia que hay en Chile, figura La Serena, aureolada de un nimbo de idealidad, de ensueño, de reliquia colonial. Hace pensar en el encanto de las petrificaciones de las edades muertas.

Fué una de las primeras fundaciones de la conquista española y goza de la justa fama de ser patria de poetas, tierra de bellas flores y de rica fruta. De ahí salió en los últimos decenios del siglo pasado el poeta Pablo Garriga y, de nuestros contemporáneos, de ahí han venido Gabriela Mistral, Manuel Magallanes M., Carlos Mondaca, Víctor Domingo Silva, Julio Vicuña Cifuentes, Julio Munizaga Osandón. Pero La Serena es sólo el semillero o vivero de los poetas. Para que fructifique la semilla tiene que ser lanzada fuera, a lugares donde soplen más intensamente los vientos de las inquietudes espirituales. Sin

embargo, en La Serena pasó toda su vida tranquila don Benjamín Vicuña Solar, padre del señor Vicuña Cifuentes, recién nombrado, e ilustrado cultor de la poesía; ahí vive actualmente el poeta señor Fernando Binvignat, y hasta hace poco era vecino del pueblo el doctor Ramón Clares, intelectual de vigoroso temperamento.

La Serena es ciudad de viejos y distinguidos abolengos, de noble cultura semi-patriarcal y de tradiciones. Los siglos le han ido formando, como diría Azorín, un ambiente de señorío y de reposo. Recuerdo haber conocido en mi niñez al autor de unas «Tradiciones serenenses» y de «La Crónica de La Serena». Se llamaba don Manuel Concha, quien se presenta en mi memoria preferentemente con el clásico indumento de invierno que entonces llevaban a diario no pocos señores, la capa española y el sombrero de pelo. El señor Concha usaba anteojos oscuros y se dejaba bigote y pera, con lo que se le daba un fácil parecido a don Francisco de Quevedo. La Crónica no me interesó, lo que no puede tomarse de ninguna manera como un juicio respecto de su libro. Era casi natural que a mis años me pareciera algo pesado. En cambio, leí con gusto las Tradiciones, colección de leyendas o cuentos, que en verdad tanto podían haber tenido como teatro La Serena o cualquier otro lugar.

Con ser La Serena una de las ciudades más antiguas de Chile, no atesora ningún resto arquitectónico o artístico del tiempo de la conquista o de la colonia. En una de las calles centrales se conserva una vieja casa de un piso sin estilo alguno, pero la ancha puerta de calle ostenta un coronamiento de piedra labrada en que se lee «1820». Esto es todo. No es mucho para una ciudad que data de 1544.

Hasta hace cosa de veinte años la limitaba por el lado sur un arco de piedra sencillo, pero hermoso, llamado la Portada. No lo realzaban ni relieves ni inscripciones como se ven en los que han inmortalizado los hechos de Tito y Constantino en el Foro Romano, mas había en su estilo algo de semejante a éstos. Tampoco podría precisar en estos momentos de cuándo databa,

pero en todo caso era un monumento y único en su género en Chile. Y vino un alcalde, un alcalde bárbaro, que lo hizo derribar. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque en su concepto estorbaba el tráfico. ¡Y qué tráfico, Dios mío! El de unos cuantos burros con árguenas que traen melones, brevas y otras frutas de la Pampa, barrio que empieza en los aledaños meridionales del pueblo, barrio de chácaras, quintas y pequeños fundos. Los serenenses han sido culpables de no haber derrocado al alcalde antes de que cometiera el atentado. Lincharlo después, que bien lo merecía, habría sido una crueldad que nada hubiera remediado.

Después de pasar más de veinte años sin verla, divisaba a La Serena cariñosamente en el campo de mis recuerdos como entre brumas, vagos y esfumados los detalles, como una ciudad querida, hospitalaria y sonriente, adormecida en una sombra misteriosa. En esta forma de evocarla había algo de la percepción real que se tiene de ella al contemplarla desde el vapor cuando se va a entrar a la bahía de Coquimbo. Desde a bordo se domina toda la bahía como un espejo ovalado al que forman las crestas de las olas del lado oriental un blanco marco de plata repujada. Los cerros de la costa se alzan distantes. Son cerros negruzcos, altos y de cumbres redondeadas. Entre ellos y el mar se extiende una amplia llanada que desciende suavemente hacia las aguas. En la parte alta del llano hay fundos agrícolas de cierta importancia, tierras algo reseca- das, sedientas de lluvias, y en la parte baja vegas y chácaras dedicadas al cultivo de hortalizas. Al pasar más tarde al lado de ellas en el tren, pudimos observar el cuidado con que los pequeños propietarios preparan la tierra, la han hecho más productiva y han creado una bella faja de verdura donde antes había terrenos pantanosos. Así han disputado el suelo a las dunas de la playa.

Como a una legua del mar hacia el lado oriental, reclinada en los cerros, se levanta La Serena, formando un vasto cacerío sobre el que se destacan las torres esbeltas de sus innumerables

iglesias, levemente envuelto todo en un transparente cendal de nieblas grises azulinas.

Tras veinte y tantos minutos en tren, llegamos. Afuera de la estación para trasladarnos al hotel no hay autos. Por lo demás, aparte de algunos de propiedad particular y de un autobús de hotel, no se encuentran en la ciudad. Buen número de victorias se ofrecen a los viajeros. Son carruajes de asientos empingorotados, de medio toldo, de perfil triangular, desvencijados y de telas raídas y rotas. No cabe exagerar lo malo del pavimento. Es de la llamada piedra de huevillo. Las victorias avanzan dando tumbos de una piedra a otra y con un estrépito espantoso que hace temer se vayan a desarmar en el instante menos pensado. Los pasajeros se ven zangoloteados sin compasión y no les vale cambiar de posturas para poder tenerse tranquilos. El ilustrado y entusiasta profesor del Liceo señor Demetrio Salas, mezcla de apóstol y de Robinson Crusoe, me ha asegurado que ese zangoloteo es muy saludable para curar el reumatismo y otros males. Sin duda hay mucho de verdad en la broma del señor Salas; pero en caso de querer aplicar este procedimiento curativo bastaría con mantener una larga avenida empedrada. A las demás calles, sobre todo a la de mayor tráfico, habría que dotarlas de un pavimento adecuado, decente. Sin ésto no hay pueblo civilizado en nuestros días.

La Serena no tiene un buen hotel. El que figura como el primero de todos carece, no digo de elegancia o de lujo, sino de cierto confort elemental. Por ejemplo, no es cosa fácil darse un baño en él. Es verdad que, por otra parte, sus precios son bastante moderados.

Salimos a recorrer la ciudad. La confrontación de los recuerdos con la realidad se torna penosa. Casi todos los edificios que había admirado en mi niñez me resultan vulgares y chatos. El tiempo los ha envejecido y descolorido sin prestarle mayor nobleza. Gran parte del centro comercial se encuentra destruída por los incendios o por el terremoto de hace tres años. Una banda de comerciantes turcos, según me dijeron, habrían sido los criminales culpables con incendios intencionales de la desolación existente.

Las murallas de adobes a media altura, los huecos de las puertas y ventanas cerradas con tablones, sirven para señalar la línea de los edificios. Todo deja una impresión terrosa, achatada, de algo que se derrumba. Unido esto a la sequía del ambiente parece que fuera como una anticipación apocalíptica de la sentencia bíblica de que polvo somos y en polvo nos hemos de convertir.

¿Y el antiguo mercado? Lo recuerdo alegre, espacioso, animado. El amplio patio rectangular de la entrada estaba rodeado de puestos de carne, relucientes y bien surtidos. En un extremo del patio la pila de agua juguetona era un encanto. Más allá el extenso pabellón de las fruterías bulliciosas y tentadoras, repletas de melones, sandías, manzanas, duraznos, papayas, chirimoyas, pepinos, nueces e higos. Ni el terremoto ni los incendios han concluído con el mercado. ¡Ah! no. Ha sido abandonado; todos sus puestos están desocupados. Ahí se ve en medio de la ciudad, al parecer intacto y solo. Por sus cuatro puertas abiertas a distintas calles, se puede entrar y salir; se le puede cruzar en diferentes sentidos. No se encuentra a nadie, no se encuentra nada. Los pasos del visitante resuenan en las paredes y los ojos se hunden en la hoquedad negruzca de las piezas vacías. ¡Oh tristeza!; parece el esqueleto de un monstruo inmenso, botado ahí mismo donde muriera. Urge buscarle destino a este edificio y si no se le hallara, sería tal vez mejor arrasarlo y convertir el sitio en plaza, en jardines.

Los templos han sido los primeros en reponerse de los quebrantos del terremoto, y los más de ellos yerguen sus torres nuevas y dominadoras sobre la población. A la catedral le han hecho una acertada restauración, su torre sencilla es esbelta y elegante. La torre de San Francisco es alta, aunque no tanto como la que había antes, pero de estilo indefinido y de mal gusto. La de Santo Domingo no le va en zaga en falta de gusto. Forma una especie de cúpula por medio de simples arcos convergentes a la cúspide, cúpula muy alada en que los huecos ocupan mayor espacio que las partes sólidas. Parece un inmenso canasto o secador de mimbre pintado de blanco.

* * *

La noche de nuestra llegada asistimos a un concierto de caridad organizado por damas de la sociedad y dado en el teatro principal de la ciudad. El teatro es una de las pocas cosas nuevas que hay que ver en La Serena. Desgraciadamente no ha sido una concepción arquitectónica muy afortunada. La sala es demasiado alta y los palcos y anfiteatros se hallan sostenidos por columnas, que ya no se usan, porque afean la construcción y perturban la visión de los espectadores.

La Serena cuenta con un buen club social muy bien instalado y muy hospitalario.

La plaza es hermosa y bien tenida. Ahí, a la sombra de frondosos árboles y en una atmósfera perfumada y frescamente tibia es donde mejor se pueden disfrutar las delicias del suave clima serenense.

He encontrado unos pocos antiguos amigos. A algunos me ha costado reconocerlos en un principio. Ellos tampoco me han reconocido a mí de buenas a primeras. Nos mirábamos a través de un largo paréntesis de un cuarto de siglo, y no habiendo seguido el compás de nuestros cambios paulatinos nos extrañábamos; pero luego despertaba entre nosotros el rescaldo cordial de recuerdos y afectos comunes, nos contemplábamos con interés y charlábamos regocijados.

El sello crepuscular de resignación, tristeza o pesimismo que la vida va poniendo en los hombres a medida que descenden su camino es sin duda más acentuado en los pueblos pobres y monótonos.

Sin embargo, uno de estos amigos, un distinguido magistrado, me expuso una filosofía de la vida que aspiraba a ser algo más que una simple resignación. Era una desestimación de los valores corrientes en vista de lo efímero de la existencia y la afirmación de que lo esencial, la paz del corazón fundada sobre nobles y puros afectos, se puede alcanzar en los pueblos pequeños.

—¿Qué más da, me decía, vivir en París, en Nueva York, en Buenos Aires, que en La Serena? Más agitación, más ajetreo, más inquietudes dan aquellos centros, pero no aumentan el volumen de felicidad de que uno puede gozar. He conocido un anciano de cien años más o menos que ha vivido siempre en la Punta de Teatinos. Ha vivido en sus tierras rocosas que se adentran en el mar; ha gozado de un clima agradable, a la vez fresco y seco. Las revoluciones, las guerras, los cataclismos que han agitado al mundo y a Chile no le han enturbiado ni la claridad del sol ni la diafanidad del aire de que disfruta. Tiene grandes manadas de cabras, y no faltando el pasto para ellas, está contento. ¿No es este un tipo de hombre feliz?

Como la cuestión de la felicidad es un asunto de apreciación subjetiva, no se le puede replicar al que la encuentra en una situación dada; pero la verdad es que el hombre por lo general no se resigna a renunciar a las inquietudes espirituales o a la intensidad de la vida en algún sentido, aunque frecuentemente no pase de ser intensidad en el sensualismo y los placeres.

Otro amigo era francamente pesimista. Estimaba a la sociedad de su pueblo demasiado pacata, tradicionalista, beata, sin iniciativas, negada a reconocer todo valor al trabajo intelectual y aun animada de la más susceptible desconfianza hacia los que lo cultivan. En esta ciudad no hay una biblioteca popular.

—Como en casi todos los pueblos de Chile, le dije. No crea que éste sea un defecto de La Serena sola.

—Aquí la gente no tiene más pasatiempo que beber, jugar o ir al cine. La cuestión del alcoholismo es de lo más grave. El otro día necesitaba los servicios de un modesto empleado administrativo. Fui a buscarlo como a las dos y media de la tarde a su oficina y no lo encontré. Ya se había ido. Mediaba la semana y era día de trabajo. Una hora más tarde fui a su casa. Estaba ebrio, completamente ebrio. Así me atendió. Era algo muy triste, triste y repugnante.

—En efecto, repuse, el problema del alcoholismo es de trascendencia vital. Los intereses creados han impedido hasta ahora que se reglamente bien o se prohíba, por lo menos en algunas

zonas del país, el consumo del alcohol. Pero no piense que el mal sea en La Serena más serio que en otras partes. Al contrario, no puede serlo. Reviste caracteres de mayor gravedad en los lugares donde hay grandes agrupaciones de obreros, en los centros industriales y mineros. No creo tampoco que haya aquí ahora más excesos de éste y otros vicios que en años anteriores. Acuérdesse de lo que alcanzábamos a ver, a pesar de nuestra corta edad, cuando éramos alumnos del liceo; las costumbres viciosas nos acechaban dentro y fuera del establecimiento. Jóvenes bien se veían ebrios en los paseos a las horas de mayor concurrencia. No faltaba tampoco algún homosexual que tratara de seducir a los muchachos. Había un sofacura que, al parecer, no despertaba mucha indignación con su conducta. Sin embargo se le veía continuamente en una cantina vecina a la parroquia. Pero esto no es todo. Además era tenido por muy liberal porque vivía amancebado y había engendrado ocho o nueve hijos ilegítimos. Pero aquellos eran tiempos de holgura y abundancia y todo se tomaba con ánimo ligero. En cambio la inopia actual nos ha puesto vidrios de aumento para escarbar y escudriñar nuestros más pequeños defectos de ahora.

* * *

El mar arrulla sin cesar a La Serena con el ronco bordoneo de sus olas. Desde cualquier sitio despejado de la ciudad y más bien desde las calles altas, se divisa la sábana azul o gris de las aguas. Su rumor es un acompañamiento constante, suele ser lo único que se oye de día y sobre todo de noche en el silencioso ambiente.

La playa serenense, siguiendo el ligero arco de la bahía, se extiende ancha, plana y uniforme hasta perderse de vista de norte a sur. Es la mejor carretera que une a Coquimbo y La Serena.

La hora del baño es deleitosa. Bajo un sol magnífico se dilata el mar azul, y al frente, cerrando la mitad del cuadro por el lado sur, los cerros de Coquimbo, de líneas angulosas y

amarillentas, se alzan como en relieve, surgen de las aguas en una bella armonía de colores.

Un buen número de niñas hermosas y de jóvenes se bañan. Las olas espumosas los abrazan, los golpean, los arrollan, los firan hacia afuera, los arrastran hacia dentro. Todos saltan. Ellas gritan. Salen a descansar a la orilla. Sus piernas y brazos bien formados, delgados, esbeltos, de dianas y efebos, brillan sonrosados gloriosamente. Con gozo respiran los jóvenes en plenitud de vigor. Se tienden en la arena. La brisa cargada de esencias salinas agrega su caricia estimulante a las del sol y del mar. ¡Oh embriaguez de colores y de luz, oh potencia consoladora de las fuerzas infinitas, oh vagas promesas de amor emanadas como leve perfume de las líneas bellas! Surgía de todo un prodigioso himno a la juventud y a la vida, entonado con orquestación cósmica.

La Serena posee magníficas condiciones para ser un buen balneario; pero no lo será mientras no mejore sus hoteles y la pavimentación de sus principales calles, sobre todo la de la calzada que por polvorienta alameda conduce de la ciudad al mar.

* * *

Hace treinta o cuarenta años tenía La Serena diez y siete mil habitantes. He preguntado ahora por su población y me han dado la misma cifra. Seguramente las condiciones económicas de la región no dan para más. Según me han asegurado, ha habido en la provincia algunos progresos en el incremento de la ganadería, y en el departamento de Ovalle se han llevado a cabo importantes obras de canalización para el regadío, pero todo esto no se ha traducido todavía en adelantos visibles dentro de la capital provinciana. Tampoco, al parecer, han traído para ella ningún adelanto las grandes empresas mineras de la provincia, movidas por capitales norte-americanos. ¿No será La Serena en este caso una imagen en miniatura de todo Chile? En la ciudad no hay más establecimiento industrial de importancia que la antigua fábrica de cerveza de los señores Floto. En cambio, se

nota el incremento de pequeñas industrias domésticas, como ser la fabricación de dulces. La papaya se sabe aprovechar ahora en una forma en que no se hacía hasta hace pocos años. Se fabrica con ella dulce, miel y cidra. Estas pequeñas industrias y otras análogas como la de sencillos horticultores, que sin duda significan el santo bienestar de mucha gente modesta, no alcanzan a modificar de una manera ostensible la economía total de La Serena.

La ciudad cuenta con un Liceo de Hombres de primera clase, ya centenario, y que goza de merecido prestigio en la población y fuera de ella. Cuenta asimismo con un buen Liceo de Niñas y una Escuela Normal también para niñas. Todos estos establecimientos son fiscales. Como asiento de obispado funciona aquí un antiguo seminario. Cual ocurre en todos los pueblos pobres, las cosas de valor son sólo obras del Estado o de la Iglesia.

Y pensar que La Serena es el principal centro urbano que tenemos en Chile en la larga extensión de más de mil kilómetros que van de Valparaíso a Antofagasta.

Yendo del sur el cuadro que ofrece La Serena es como si el desierto estuviera más cerca de ella de lo que en realidad está. Llega uno a preguntarse, cual víctima de una pesadilla, si el desierto no vendrá avanzando hacia acá y mostrándose capaz de paralizar a la distancia a algunos pueblos.

Es un problema nacional la estagnación de la Bella Durmiente del Mar.

Febrero de 1925.